

Cada niña o niño, cada escolar, cada vez... son un caso aparte. Pero el caso es saber mirarlos. A ver si *el caso* somos nosotros, las maestras y maestros, los profes o los educadores de medio ambiente, como este buen amigo.

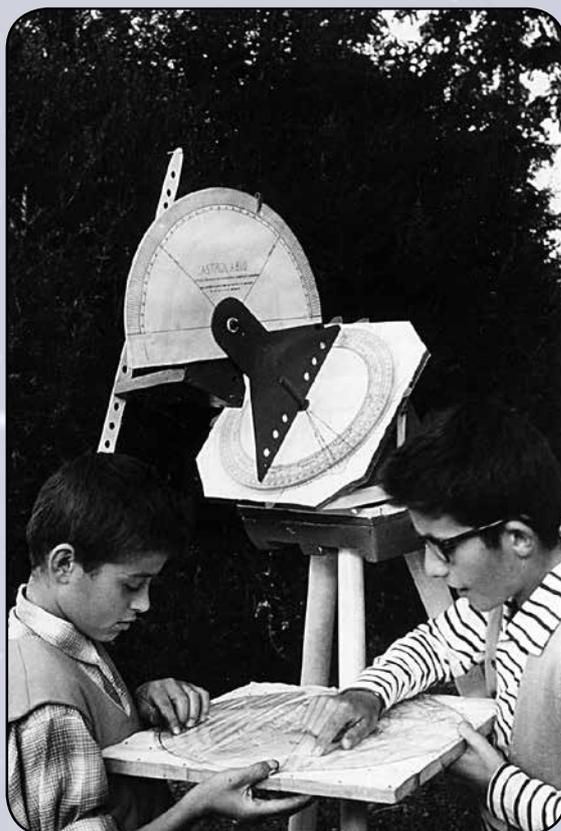
MAT

Pierfilippo Bonami, (Florencia)

“Esa estrella es mi padre”, dijo Mat casi con un orgullo manifiesto y, todos nosotros, con la nariz hacia arriba para averiguar cual era la estrella. Había tantas... En una aburrida pausa de un lento restaurante de la Maremma había tratado de enrolar a los chicos del grupo en una mini exploración nocturna del bosque que nos rodeaba, pero tras unos pocos pasos sus manos habían comenzado a apretar las mías, cada vez más hasta agarrarse a mi camisa, en una oscuridad que para ellos escondía ladrones y temores fantásticos.

Perseguidos por la fantasía habíamos regresado a una plazoleta más luminosa en busca de alguna novedad tranquilizadora y divertida. Estaba Miquela, muñequita adormecida, quieta con un dedo en la boca, al contrario que Gabriel que combatía el sueño con su hiperactividad. También Erica, ‘señorita’ muy digna en su cansancio, y el hermano más pequeño Mat, flacucho de ojos grandes y rostro luminoso. Los padres de Miquela no han conseguido hacerla comer, Gabriel está solo con su madre, dado que su padre hace lo que puede para vivir en otra parte con una nueva compañera. En cuanto a Erica y a Lorenzo —este es el verdadero nombre de Mat— están con sus tíos: el padre ha muerto hace un año y la madre parece, pero no es verdad, que se dedica sólo a sí misma con la intención de desatar nudos más antiguos que la pérdida del marido se los ha dejado enteros para ella.

Los niños pintan con decisión esas imágenes cuya visión no soportan los mayores, y en ese cielo de estrellas hay para todos: la más luminosa, a la fuerza, es el padre de Lorenzo y ninguno de los otros cachorrillos se opone, cuando comienza



El astrolabio de Barbiana para ver las estrellas.

enseguida para cada uno la búsqueda de los componentes de la familia que ahora ya no están, para asociarlos a alguna otra de las muchas ‘hogueras’. Me encuentro desplazado ante la sencillez de esta búsqueda y trato de participar proponiendo algún abuelo mío de otros tiempos, pero me siento torpe con la neta sensación de meter baza en su diálogo sin la soltura imprescindible. Es el momento de la novedad y, en fantasía, estoy claramente en minoría, pero me da un latigazo y recupero la atención de los pequeños: “pongámonos aquí, digo, así escucha también tu padre...”

Todos levantan su nariz a lo alto.■